



El silencio: tierra fértil para la predicación¹

En las Constituciones de las monjas, hablando del silencio contemplativo de Santo Domingo, se exhorta a hacer de la “casa”, especialmente del corazón, un lugar de silencio (Cf. LCM 46.I). Este 'silencio dominicano' es el que hace posible un verdadero encuentro contemplativo con la Palabra de Dios. Nuestro silencio no es privado, sino que lo vivimos 'en casa', dentro de un contexto comunitario y como entrega mutua; se vive en sintonía con la Orden, para que nuestra predicación llegue -como Buena Nueva- a la Iglesia y al mundo entero.

Este *silencio predicador* es, sin duda, más que un simple no emitir palabras, ya que la mera ausencia externa de palabras no tiene sentido si no va acompañada de una escucha profunda, de un corazón receptivo donde la siembra de la Palabra, dé su fruto (cf. C. Fund. n. III).

Dice el Maestro Eckhart: “Si Jesús ha de hablar en el alma, ella debe estar sola y silenciosa. Entonces entra Él y comienza a hablar”². Comentando estas palabras, otro autor dice, “No puede haber Palabra sin silencio... Del silencio emerge la Palabra y vuelve a él. Ninguna palabra podrá tener verdadera profundidad, verdad o poder si no emerge del silencio, es decir, si no expresa, en vez de aniquilar el silencio”³. Y el fraile dominico francés, Thomas Philippe, OP, escribió hace algunos años que “Dios se nos revela dentro de un silencio que nos desnuda y nos permite experimentar las palabras de Jesús: *Bienaventurados los pobres*. El silencio nos libera de toda ilusión...”⁴

Una monja, al hablar de su propio camino contemplativo hacia la libertad, dice: “*El silencio monástico me ha servido como un encuentro con mis heridas y temores, es decir, con mi propia vulnerabilidad. Me ha permitido morir a mis ilusiones sobre lo que me parecía importante, e incluso sobre quién es Dios y qué es la oración. Como fruto de un camino de muchos años, puedo decir con alegría que he podido soltar muchos de mis deseos pequeños y limitados. Hoy encuentro el verdadero silencio cuando salto hacia el abismo interior del corazón, donde Dios y yo somos uno. En esa quietud todas mis esperanzas, mis deseos y mis oraciones existen como una simple expresión del anhelo de Dios para con su pueblo. En el silencio realizo plenamente mi vocación dominicana. Creo profundamente que ser monja dominica significa entrar en el corazón de Dios y ser el lugar de la salvación de Dios en el mundo.*”

Aunque todo cristiano está llamado a la contemplación, nuestra vocación dominicana le da un enfoque especial: intimidad con la Palabra de Dios que se manifiesta en una predicación compasiva y misericordiosa de la Buena Nueva del Reino. Es decir, nuestra contemplación, después de germinar en el silencio orante, se une al clamor apostólico de Santo Domingo, expresado de forma extraordinaria en estas palabras de Jordán de Sajonia: “Dios había concedido a Domingo una gracia especial para llorar por los pecadores y por los afligidos y oprimidos; cargó con sus miserias en el más íntimo recinto de su compasión, y la cálida simpatía que sentía por ellos en su corazón desbordaba en las lágrimas que caían de sus ojos.”⁵

Esta misión de anunciar la compasión y la misericordia de Dios es obra y exigencia de toda la Familia Dominicana. Ya fray Timothy Radcliffe expresó con gran intuición cómo las monjas también participan íntimamente en esta misión de la Orden: “Sois misioneras tanto como los frailes, no yendo a parte alguna, sino viviendo vuestras vidas desde Dios y para Dios. Sois una palabra predicada en vuestro ser...”⁶

Al final del Sínodo de la Palabra de Dios, el Papa Benedicto XVI en un “Mensaje al Pueblo de Dios”, termina con estas palabras, que tal vez nos puedan ayudar a integrar más profundamente la práctica del silencio contemplativo en nuestra vida cotidiana: “Hagamos ahora silencio para escuchar con eficacia la Palabra del Señor y mantengamos el silencio luego de la escucha porque seguirá habitando, viviendo en nosotros y hablándonos. Hagámosla resonar al principio de nuestro día, para que Dios tenga la primera palabra y dejémosla que resuene dentro de nosotros por la noche, para que la última palabra sea de Dios.”⁷

1.- Reflexión de Monjas Dominicas para una carta a las monjas “Estar con él” - *Enviadas a predicar (Mc 3,13-14)*

2.- Maestro Eckhart, *Intravit Iesus in templum*, citado en *Tratados y Sermones*, Sermón I, Barcelona: EDHASA, 1983

3.- Cyprian Smith, OSB, *Way of Paradox*, (NY: Paulist Press, 1987), p. 59

4.- Thomas Philippe, OP, *The Contemplative Life*, (London: Collins, 1990), p. 22

5.- B. Jordán de Sajonia, OP, *Libellus de Principiis ordinis praedicatorum*, n. 12

6.- Timothy Radcliffe, OP, Carta a la Orden, *Una Vida Contemplativa*, 2001. “Alabar, bendecir, predicar” p. 516, Ed. San Esteban, 2004

7.- Benedicto XVI. *Mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios*, Ciudad del Vaticano, 2008